

LA ANOREXIA Y LA TOXICOMANÍA, SÍNTOMAS DE LA HIPERMODERNIDAD

Mario Elkin Ramírez*

Resumen

Sobre el fondo del discurso capitalista se reflexiona alrededor de los síntomas contemporáneos, la anorexia y la toxicomanía, a partir de la clínica de lo real, clínica nueva en psicoanálisis de orientación lacaniana que toma el relevo de la clínica del sentido, que ha sido esencialmente la clínica freudiana, desbordada en la hipermodernidad. El empuje al consumo del objeto droga del toxicómano contrasta con la negativa radical de la anoréxica que se consume a sí misma.

Palabras clave: anorexia, toxicomanía, goce, discurso capitalista.

ANOREXIA AND DRUG ADDICTION, SYMPTOMS OF HYPERMODERNITY

Abstract

Within the core of capitalist discourse, some contemporary symptoms, anorexia and drug addiction, are taken into consideration from the clinic of the real. This is a new lacanian-oriented clinic in psychoanalysis that takes over from the clinic of the symbolic, which

* Psicoanalista. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Colombia). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) y de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL), Sede Medellín.

has essentially been Freud's clinic, exceeding the limits in the era of hypermodernity. Drug addict's pressure to consume the object drug contrasts with a radical negative of the anorexic persons who consume themselves.

Key words: anorexia, drug addiction, jouissance, capitalist discourse.

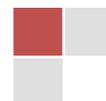
ANOREXIE ET TOXICOMANIE, SYMPTÔMES DE L'HYPERMODERNITÉ

Résumé

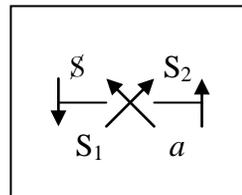
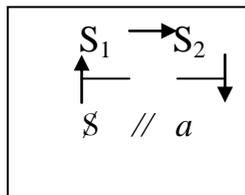
Sur le fond du discours capitaliste, une réflexion des symptômes contemporains, l'anorexie et la toxicomanie, est faite à partir de la clinique du réel, clinique nouvelle en psychanalyse d'orientation lacanienne qui prend la relève de la clinique du sens. Celle-ci a été en essence la clinique freudienne, dépassée dans l'hypermodernité. La poussée à la consommation de l'objet drogue du toxicomane contraste avec la négative radicale de la femme anorexique qui se consomme elle-même.

Mots-clés : anorexie, toxicomanie, jouissance, discours capitaliste.

Recibido: 18/04/10 Evaluado: 04/06/10
Aprobado: 10/06/10



Los sociólogos¹ y filósofos² contemporáneos anuncian hoy la hipermodernidad como el momento de realización máxima de la forma extrema de la modernidad. Con los matemas de Lacan se puede explicitar este cambio como el paso de degradación desde el discurso del amo antiguo³ al discurso capitalista.⁴



En efecto, en el discurso del amo (a la izquierda del lector), en el lugar del agente colocaba un significante amo, S_1 , que se articulaba a un saber hacer del esclavo, S_2 , en el lugar del otro, y en el lugar de la verdad ponía el sujeto, $\$$, bajo el S_1 y en relación de imposibilidad // con el objeto plus de goce, a , situado en el lugar de la producción. En cambio, en el discurso del capitalismo (a la derecha del lector) se produce una inversión entre los términos del primer factor, dando como resultante que hay una relación de continuidad y sin ruptura entre los cuatro términos. Se borra la imposibilidad entre el objeto plus de goce y el sujeto. En consecuencia, el sujeto no se hace representar por un significante para otro significante, como en el discurso del amo, y el modo de tratamiento de goce se transforma de manera radical. Pues ya no hay pérdida de goce debido a la imposibilidad sino reciclaje del mismo en el sistema. El mercado es el nuevo significante amo que en el lugar de la verdad le exige a la ciencia, para producir dinero, un saber situado en el lugar del otro, es decir, la producción de mercancías, objetos que prometan un plus de goce, artefactos, aparatos tecnológicos, etc., que se dirigen al sujeto con el imperativo “consume”.

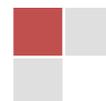
En el mercado global este discurso intenta obturar la falta intrínseca al sujeto, taponar su castración. No obstante, se trata de la producción insaciable de la falta de

¹ Cfr. Zygmund Bauman, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

² Cfr. Guilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006.

³ Cfr. Jacques Lacan, *Le séminaire, livre XVII, L'envers de la psychanalyse*, París, Seuil, 1991.

⁴ Cfr. Jacques Lacan, *El saber del psicoanalista*, Inédito, clase del 6 de Enero de 1972.



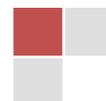
gozar. Porque hay un fracaso en la tentativa de colmar el vacío estructural del sujeto con objetos del mercado. En ese movimiento, el sujeto consumidor termina consumido por el mercado mismo, se encuentra a merced del significante amo solo, es decir, sin mediación del significante de saber que lo dialectize. Ese significante uno, por fuera de la cadena se vuelve cruel. El sujeto se reduce a una boca que consume. Y el discurso capitalista, en ese movimiento infinito, destruye el lazo social al mercantilizarlo, con él termina el amor, se hace líquido, desechable, como toda mercancía que pierden su valor de uso y valor de cambio, no quedándole al sujeto más que el individualismo. Con ese marco sintetizado trataremos de pensar la anorexia como fenómeno hipermoderno, a través de un “caso”, (vuelto producto de consumo).

Dentro de los fenómenos hipermodernos, el paradigma del consumidor por excelencia es el toxicómano. La anorexia, en cambio, es el negativo del toxicómano. Lo que, sin embargo, no deja de ser la otra cara de la misma moneda. Pues, no hay tampoco en ella acotación del goce sino fijación e impulsividad.

El síntoma tiene en Lacan dos definiciones correspondientes a dos momentos de su enseñanza. La primera es freudiana y se encuentra ejemplificada en la conferencia: “El sentido de los síntomas” (1978: 235-249). Allí Freud describe el acto sintomático de una mujer, quien repetidamente llama a la mucama para que venga corriendo y la sitúa en un lugar del salón para tratar de que vea una mancha en el mantel. Esa compulsión encuentra sentido cuando halla su relación con un recuerdo reprimido de su primera noche de bodas, en la cual su marido se pasó toda la noche corriendo de su habitación a la de la mujer tratando de lograr una erección y consumir un coito. Para sostener los semblantes de la vida burguesa, dando a lavar al día siguiente la sábana manchada por la desfloración, los esposos vertieron tinta en ella, pero tan torpemente que la mancha quedó en un lugar equivocado.

En esta concepción, el síntoma encuentra sentido en la correspondencia de los detalles de la conducta sintomática y el recuerdo penoso reprimido. El síntoma ocultaba la impotencia del marido. El síntoma es la manera como el sujeto goza del inconsciente, en tanto lo determina⁵. Hay un goce del sentido, puesto en correspondencia con un goce fálico, así sea marcado por un menos.

5 Cfr. Jacques Lacan, *El Seminario, libro XXII, R.S.I.*, inédito, clase del 18 de febrero de 1975.



El desciframiento del síntoma se hace sobre el fondo de la concepción del inconsciente estructurado como un lenguaje, del Otro y del deseo. El sentido se produce en el encadenamiento significativo ($S_1 \rightarrow S_2$) descifrado bajo transferencia, porque la transferencia es la puesta en escena de la realidad sexual del inconsciente; en el ejemplo, esa paciente buscará igualmente en Freud un testigo de ese malentendido nupcial. Ese es el inconsciente transferencial.

Este desciframiento es coherente con el discurso del amo, que es el discurso del inconsciente. El encadenamiento significativo en el piso superior se da poniendo en el lugar del agente un significativo amo, (el síntoma) que pone en acción en el lugar del trabajo a otro significativo (la escena conyugal), el cual arroja en el lugar de la producción un plus de goce, en el caso, investido por un brillo fálico aunque impotente, lo que resguarda en el lugar de la verdad, a un sujeto dividido, sufriente.

En el piso inferior hay una doble línea que separa el sujeto del objeto de goce, lo que escribe la imposibilidad de su reunión y un acotamiento del goce que llamamos castración, la cual introduce una pérdida ($-\phi$). El acto sintomático quiere ocultar la falta de tumescencia peniana, signo de ese menos de goce fálico en juego en esa pareja. La castración es el signo de la falta de satisfacción conyugal anhelada en el encuentro sexual.

A pesar de la carga dolorosa, esta pareja podría partir de esa falta —como la bella carnicera—, y desengatillar el deseo de conversar, de compartir, de hacer una vida juntos que incluya la castración, el malentendido, de transformar la impotencia en imposibilidad y pasar a otros asuntos: el amor, la amistad, la paternidad, el trabajo, etc.

Esta es una clínica del sentido, con ella Freud pensó también la anorexia histérica y la bulimia como referidas a la madre y a las fantasías de envenenamiento, a una regresión al yo-placer-purificado con su dialéctica de *fort-da*, de expulsar fuera de sí lo odiado: “no me lo trago”, “no lo como”, “lo vomito”, o poner dentro de sí lo amado: “me lo trago”. El alcoholismo encontraba un sentido en esta clínica, ilustrada con la literatura en la que el alcohólico declara su amor a la botella, la hace su partenaire, y realiza una boda fantasmática con el objeto.

Estamos aún bajo el régimen del sujeto en matrimonio con el falo y dentro del discurso del inconsciente. El sujeto crea el fantasma como tentativa de remedio de ese



desencuentro. En la sucesión del grafo del deseo se establece la conexión entre el significante del Otro tachado, el fantasma como relación del sujeto con el objeto de goce y éste, a su vez, determina el síntoma: $S(\bar{A}) \rightarrow (\$ \hat{a}) \rightarrow s(A)$. Ante la angustia de castración en el Otro, el sujeto responde con el fantasma, recuperando con él algo del goce fálico perdido. El síntoma trata de contabilizar ese goce perdido mediante la medida fálica. Por ello lo corporiza, lo localiza en el cuerpo propio o en el del partenaire.

Ahora, la anorexia, la bulimia y la toxicomanía no son susceptibles de esa clínica del sentido. La toxicomanía ha abandonado el contexto ritual donde se pensaba como medio de conexión con una trascendencia, con un *daimon* literario, con una musa poética. Ahora un sujeto se droga sin palabras y en ello hay un cortocircuito del inconsciente. El toxicómano huye al malentendido que implica la relación con el semejante y que pasa por el lenguaje. Su síntoma no corresponde a una formación del inconsciente sino a “una equivocación”, *l'une-béuve*, como dice Lacan. En esa perspectiva el síntoma actual no se articula al inconsciente transferencial sino al inconsciente real.⁶ Es decir, que hay en él una fuga del sentido que lo confronta con el agujero de lo real del goce.

Ese síntoma desconectado del inconsciente transferencial explica que los toxicómanos sean renuentes al análisis o que aquellos que entran sean remisos a poner en cuestión su toxicomanía, que no tengan nada que decir al respecto. En estos sujetos, cuando el consumo aumenta lo que acontece es un desinterés por el Otro. Sea como partenaire, trabajo, estudio, relación social, familiar o terapéutica. Hay una depreciación de los semblantes. Incluso uno de los signos que lee la pareja del toxicómano es que, en tanto partenaire, comienza a pasar a un segundo plano en los intereses del sujeto. Y respecto al deseo, ya no desea nada más, sólo quiere conectarse con el objeto droga sin dialéctica alguna. Por ello Lacan (1975) decía que la droga es lo que permite a un sujeto romper su matrimonio con el falo:

En consecuencia, para su tratamiento es preciso adentrarse en la otra concepción lacaniana del síntoma como desabonado del inconsciente, siendo su paradigma el Uno y el goce. En términos de discurso estos síntomas se inscriben de otro modo: en el lugar de la separación entre el sujeto y el objeto *a* que operaba en el discurso del inconsciente, hay ahora una relación directa entre objeto y sujeto ($a \rightarrow \$$) que corresponde al discurso capitalista.

6 Cfr. Jacques Lacan, “Préface à l'édition anglaise du Séminaire XI”, en: *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001, p. 571.

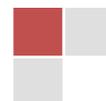


Si el modelo del consumidor en ese discurso es el toxicómano, en el lugar de la verdad el significante amo (el mercado) se dirige al saber (a la química, por ejemplo) para que produzca el objeto de goce (la cocaína), que bajo el imperativo “consume” se conecta con el sujeto, el cual ya no es agente del discurso sino que se dirige al significante uno para que el ciclo se repita. En ese circuito no está la barra de la imposibilidad, hay un reciclaje del goce sin pérdida, “todo es posible”. Lo reprimido ha desaparecido, no hay sentido oculto. Sólo consumo de objetos. Por ello, estos síntomas están desabonados del inconsciente. A pesar de que la anorexia y la bulimia son la antítesis del consumidor no por ello escapan a la lógica de este discurso. No consumen objetos sino que consumen y expulsan la nada con la misma obligatoriedad.

¿Qué quiere decir Lacan con la ruptura del matrimonio con el falo del toxicómano? El falo es un regulador del goce bajo la forma de la castración. Dicho goce, en las fórmulas de la sexuación, califica a todo aquel x subjetivado por la función fálica. El adicto, en cambio, se coloca del lado del otro goce que no implica el falo. Pero no es ni siquiera el no-todo fálico del goce femenino, porque éste, aunque desmedido y sin límites de un lado, tiene un pie en el goce fálico. Esto es aún más radical, el rompimiento del matrimonio con el falo es el nada fálico.

El tóxico produce una manía, y cuando la psiquiatría pensaba llegó a considerar a la toxicomanía en la línea de las monomanías de Esquirol. Es esa manía la que hace imposible localizar el sujeto en el inconsciente. En ese estado el sujeto no es lastrado, anclado por ningún objeto a. La manía coloca al sujeto más allá de la castración. La cobardía moral del toxicómano frente a la sexuación hace que con la droga quiera evitar saber que no hay relación sexual. Por tener una relación directa con el objeto droga, el toxicómano no da espacio al rodeo del principio de realidad para encontrar el objeto que pone en juego el deseo. Su conexión a ese objeto es inmediata, es algo ya no tomado por la dialéctica significante, por eso puede robar, vender su sangre, prostituirse por droga, matar para conseguirla. El deseo está por fuera y, en cambio, en él domina un apremio imperioso de satisfacción. El toxicómano encarna el sujeto acéfalo de la pulsión que conviene al discurso capitalista porque no piensa y está sometido a un significante cruel más el objeto.

Que el toxicómano esté en ruptura con el goce fálico, lo coloca por fuera de los ideales de lo legal o lo ilegal. La idea de legalizar el consumo de las drogas es un asunto



de control social por parte del Estado y del mercado, concierne a los productores y distribuidores pero no a los consumidores, ya que quien ha roto con el goce fálico no está interesado en la trasgresión. Está más allá del ideal.

Pero hay que detenerse en la fórmula de la ruptura con el goce fálico del toxicómano y preguntarnos si esto da lugar a un nuevo goce o instaura un agujero en el goce. Si se trata de un toxicómano neurótico diremos que hay una falla en el Nombre del Padre, por cuanto ha perdido el corolario de la significación fálica, por ello es tan similar a una psicosis donde hay forclusión del Nombre del Padre y por ende no hay producción de la significación fálica. Pero mientras en el toxicómano neurótico existe el Φ_0 sin que la función del Nombre del Padre sea igual P_0 ; en la psicosis encontraremos que siempre estarán soldadas $P_0-\Phi_0$. La ruptura del matrimonio con el falo del toxicómano no es forclusiva del Nombre del Padre sino que se coloca más allá de él y del mismo principio del placer.

La droga en la psicosis puede ser un goce que retorna en lo real debido a la forclusión del Nombre del Padre, a falta de una tramitación simbólica de un rasgo paterno. En la toxicomanía neurótica hay una falla en esa identificación paterna que no es forclusiva, pero eso no impide que haya la ruptura con el goce fálico. Es decir que no se regula completamente por la identificación paterna y en el lugar de la falla se conecta con un goce real. En ese sentido será necesario repensar si existe en rigor una toxicomanía en una psicosis, ya que muchas veces en la psicosis el objeto droga localiza un goce. Es específico y no entra en las leyes del mercado, donde se pretende un consumidor compulsivo y en escalamiento hacia un consumo sin límite de una sustancia que se sustituye por otra cada vez más fuerte y en mayor cantidad. La ruptura con el falo suprime las particularidades, mientras que en los casos de psicosis el sujeto quiere una droga precisa y particularizada. La droga puede convertirse en la psicosis en una forma de suplencia, mediante el recurso a la identidad de un yo: "soy drogadicto". Mientras que el goce esté localizado en el Otro el sujeto psicótico se queda sin recursos para defenderse de ser invadido por dicho goce y la droga puede en algunos casos temperar los efectos de ese goce del Otro, puede cumplir una función de anudamiento, o de tapón para las alucinaciones y la fuga de sentido que la es la psicosis misma.

El tratamiento de estos síntomas lleva consigo, entonces, desplazarnos de la clínica estructural a la clínica del acontecimiento. De la clínica del Nombre del Padre a la



del delirio del plus de goce. Una consecuencia de la ruptura con el goce fálico en el toxicómano neurótico es que realiza también una ruptura con los Nombres del Padre, pero por fuera de la psicosis y de la palabra. Es un goce sin metáfora que escapa al discurso del inconsciente. No hay en él una determinación inconsciente, por lo que habrá que acudir a una clínica de la contingencia.

Pero además, en el toxicómano neurótico hay una ruptura con las particularidades del fantasma. No requiere del fantasma como aparato de goce. El fantasma supone el goce de un objeto que incluye la castración, es incluso respuesta a la castración del otro que hemos escrito $S(A)$. Por romper con el fantasma no es un perverso quien, al contrario, hace un uso específico del fantasma para obtener su goce. El toxicómano obtiene goce por fuera del fantasma y con ello evita los complicados rodeos que toma el resto de los neuróticos de la construcción de un fantasma para poder gozar.

Además, no necesita pasar por el cuerpo del otro para obtener el goce. Corresponde a lo que del lenguaje no se corporiza como satisfacción sustitutiva. En esa perspectiva su síntoma es esencialmente un acontecimiento del cuerpo propio. Acontecimiento en “[...] la dimensión del goce para el cuerpo [que] es la dimensión del descenso hacia la muerte” (Lacan, 1971):

El goce implicado en la toxicomanía no es entonces un goce sexual, ya que el goce sexual es fragmentado, sólo se aprehende por la fragmentación corporal, es siempre parcial, mientras que el goce del toxicómano se pretende único. Por eso, una vez más, es consonante con el imperativo del mercado en el discurso capitalista que quiere la reducción de la heterogeneidad de los goces inconmensurables a la unificación del goce Uno para todos, el del consumo de los objetos que produce.

En esta vía en el síntoma se encuentra poco del significante que acote el goce (S_1 - S_2). En él se privilegia el S_1 solo o sumado al objeto ($S_1 + a$). En él aparece el Uno de la letra inscrito en el cuerpo. Pero no pensado como “trastorno de la imagen”, no es en la perspectiva imaginaria que denuncia los modelos sociales de la belleza de mujeres famélicas, usadas para colgar la ropa de los grandes costureros de la moda. Allí todavía hay significación fálica, así sea un falo flaco como dice Lacan respecto de la amiga de la bella carnicera. No, se trata del cuerpo desprovisto de semblantes fálicos, es el cuerpo como sustancia gozante, el cuerpo que se consume a sí mismo, el cuerpo como desecho.



En el libro *Abzurdah* (2007), la joven autora, Cielo Latini, describe de manera autobiográfica, los graves episodios de anorexia y de bulimia que vivió durante su adolescencia. Un rasgo que la singulariza es la obediencia ciega a la voz del superyó, que con ferocidad la empuja a un plus de goce, cada vez más riesgoso.

Si hay una declinación del Nombre del Padre en la hipermodernidad, si existe un declive en las instituciones en tanto destitución de los ideales, su contrapartida es una exacerbación del superyó. La autora exclama: “[...] mis relaciones afectivas siempre fueron [...] dotadas de una obsesión incandescente que me consume, que me mata, que me hiere y que aún así definiendo” (p. 51).

La anorexia presenta un rechazo radical del consumo. Es la privación extrema. Pero su negativación va mucho más allá de la economía de los mercados, se dirige hacia una economía libidinal. Lacan dice: “Es el niño al que alimentan con más amor el que rechaza el alimento y juega con su rechazo como un deseo (anorexia mental)” (1966: 628).

La anorexia mental apunta al objeto y hace fracasar el paso de la necesidad al deseo. En ella hay un deseo de nada. Latini dice: “[...] ¿alguna vez sintieron que no tenían ganas de nada? Ni de levantarse, ni de comer, ni de hablar por teléfono, ni de saludar a la familia, ni de hacer cosas que les de placer. Así me sentía yo” (p. 48). Encontramos otros pasajes donde es aún más claro que no se trata de un deseo de nada, sino de una nada de deseo, de un comer nada, como Lacan define la anorexia mental (1994:184), de un rechazo radical del objeto: “No podía contener la comida, que viajaba desde mi estómago hasta mi garganta una y mil veces provocándome arcadas. Cerré los ojos, me mareé aún mas [...] Esta vez no era alcohol, era un veneno aún más nocivo: era comida en mi cuerpo por primera vez en miles de horas” (p. 199). “La comida, que ayudaba a mi desarrollo físico y mental, también destruía mis ganas de vivir [...] Siempre tuve miedo a escondidas. Miedo de mí, de por fin terminar comiéndome” (p. 219).

En la clínica contemporánea es cada vez más frecuente encontrar casos en los que no se ha terminado de instaurar lógicamente la estructura psíquica, hay una falla en la simbolización, a veces hay que proceder por la vía imaginaria para tratar el real del goce, y francamente, en ocasiones se trata de completar esa simbolización en la cura, de promover los elementos para terminar la realización de la estructura.



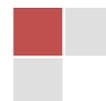
En la anorexia se verifica una falla en la simbolización en el pasaje de la necesidad por la demanda. La demanda de ser nutrido responde a la demanda de dejarse nutrir. Pero no comer no apunta a la demanda, sino al deseo. Confunde alimentarse con satisfacer la demanda del Otro. Para el caso, de todos aquellos que en la biografía querían que comiera: la madre, el padre, la psiquiatra, el psicoanalista, el amante, las compañeras, etc. No comer apunta a hacer desaparecer el deseo, en este caso el deseo de vivir. Por tanto, esa falla en la simbolización no deja como resto un objeto que cause su deseo sino un objeto no simbolizado, el alimento, como Cosa gozante, sin mediación de una cadena significante que le de el sentido de objeto de supervivencia o de disfrute. Y no puede impedir que esto se haga a costa suya, por ello percibe que terminará consumida por sí misma, ya no por la procuración de un objeto, como el drogadicto, sino por su radical rechazo.

La autora estuvo siempre sometida al ideal del yo (superyó) materno. Era buena en todo: “[...] nunca rompía las malditas reglas del colegio” (p.15), “cumplía los caprichos de mi madre [...] Me volví una vulgar fotocopia [de una compañera suya admirada por su madre y que era] asquerosamente perfecta” (p. 16).

Freud relacionaba las anorexias, llamadas neurosis alimentarias, con el complejo materno, como un rechazo inconsciente a la madre, fuente primera del alimento, fantasías de envenenamiento y reproches a la madre de atiborrarla de comida. Hoy podría relacionarse esta fenomenología con la noción de estrago materno.

Generalmente, en la adolescencia hay una irrupción de goce fálico que invade el cuerpo y pide hacer algo con él, es decir, un nuevo arreglo fantasmático debido a que la identificación fálica de la madre no alcanza para su tramitación, ya que se impone una caída de las identificaciones infantiles. El goce plantea a la adolescencia el camino de la sexuación y de encontrar un lugar en el mundo, es decir, un destino comunitario. Para Cielo, en cambio, el despertar a la adolescencia empezó con una mortificación: sentía que su obesidad conllevaba una segregación social: “[...] si no tenía amigas no era porque fuera gorda, sino que era gorda porque no tenía amigas” (p. 8). La compensación de su aislamiento fue su compulsión oral. Ese predominio de la pulsión oral no permite el cumplimiento de la mascarada fálica.

La anorexia aparece con frecuencia en la adolescencia. Allí donde aparece una dimensión espejular: “¿cómo me ves?”, lo que ha desorientado muchas veces a los

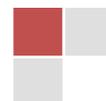


clínicos pensándola como un trastorno de la imagen. Ve en el espejo la gordura que su cuerpo no refleja. Pero, en el fondo, se trata más de una perturbación en la imagen especular que constituye al sujeto que de una fenomenología de la adolescente con el espejo de su cuarto. La inscripción en la especularidad subjetiva puede darse de modo tardío. Incluso en la adolescencia, la cual es un momento como de “nueva repartición de cartas”. Así, la anorexia puede venir como un fenómeno de suplencia de una falla a nivel estructural. No poderle poner un límite a la madre, una falta en el significante del Otro, la hace devastadora. La madre es toda, sin tacha, sin falta, da todo. Frente a ella la anorexia se empecina con tenacidad a comer nada, a barrarlo todo.

La autora del libro de referencia se define como una persona extrema: “Soy quien excede los límites de lo normal, pocas veces para bien” (p. 13). Su cuerpo es donde encuentra su límite. “Siempre me la agarré con mi cuerpo para mostrarle a la gente lo que pensaba, lo que sentía o lo que me animaba a decir, (así como lo que decía sin ser escuchada)” (p. 71). Es decir, que en ese momento usaba el cuerpo como medio de producción de sentido, aún dirigido al Otro.

Tras un berrinche adolescente descubrió que después de una semana sin comer estaba muchísimo más delgada. Decidió no comer, primero horas, después días. Su ganancia fue que “[...] los que antes no sabían que yo existía ahora me miraban, se daban cuenta de mi presencia [...] Me pedían el teléfono las mujeres y me miraban los hombres [...] tenía amigas, súbditos, buenas notas y hacía todos los deportes” (pp. 21-22). Hasta ahí su anorexia servía a su anhelo de ser el objeto que causaba el deseo de un hombre y la admiración de sus amigas. Es una tentativa de investirse fálicamente, aunque sigue dominada por la oralidad.

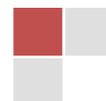
Primero, “[...] jugaba competencias silenciosas con mis amigas del colegio [...] saber cuánto medían nuestras muñecas (cuantos más dedos podías tocarte dándole la vuelta a tu muñeca, más flaca eras)” (p. 25). Ese síntoma hacía aún lazo social, una competencia con sus amigas por alcanzar una belleza identificada con la extrema delgadez. Pero cuando la obtuvo, sus amigas la abandonaron por ser más bonita que ellas. Esa decepción marcó una ruptura en su funcionamiento. La anorexia se fue volviendo muda, solitaria, integrada a su vida íntima y se fue convirtiéndose en una práctica de goce autista. Se fue volviendo algo autoerótico: “[...] mi satisfacción máxima era acostarme y ver que el jean se me apoyaba en los huesos de la cadera y que todo lo



demás se hundía cómodamente en la nada, que casi no tenía panza, que se me empezaban a notar las costillas, que entre el jean y mi piel quedaban muchos centímetros de distancia” (p. 25). Se volcó a Internet, así conoció a Alejo, quien le ofreció un amor líquido: “[...] vamos a salir pero sin ataduras, tu no me presionas y yo tampoco” (p. 65). Aparentemente, Latini parecía tomar la vía de la asunción de la feminidad y de asumir una posición sexuada en relación al falo. Pero sufriendo los embates de la no relación sexual y de los avatares en lo simbólico e imaginario para tratar de dar respuesta a esa falla real, sazónaba sus desencuentros amorosos con todo el tormento posible en sus relaciones. Necesitaba ver a su pareja nuevamente pero como una droga (p. 104), él lo percibía y le decía: “vos no vivís la vida, sufrís la vida” (107).

Tanto en la vía bulímica, impulsiva, como en la anoréxica, se instauró en ella el puro deseo de muerte. Así, agobiada por una gran pesadumbre, siguió el consejo de una amiga, vomitar: “[...] experimenté una descarga que no había sentido antes” (p. 116). “A partir de aquel día [vomitar] era una máquina de hacerme sentir bien” (p. 117). Se instaló en una relación oral con el mundo para “expulsar malestares” (p. 119). Pero la violencia de vomitar la hizo volver a la anorexia: “[...] me propuse un nuevo desafío, si como y vomito me hace mal, tal vez sea mejor dejar de comer” (p. 133).

Es difícil el acabamiento de la estructuración subjetiva cuando hay una falla en negativizar el goce materno. Lacan dice: “Un gran cocodrilo en cuya boca ustedes están, es eso la madre, ¿no? No se sabe si de repente se le puede ocurrir cerrar el pico: eso es el deseo de la madre” (1991: 129). Y sin poner el palo en la boca del cocodrilo para que no se cierre es difícil la instauración de un umbral que trace un límite entre el afuera y el adentro, un yo y un no yo, en consecuencia predomina la relación oral como la forma más primaria de relacionarse con el mundo y sus placeres y displaceres. En este pasaje bulímico —y siendo la bulimia un dialecto de la anorexia— se ve una tentativa desesperada de instaurar ese *Fort-Da* fundamental, esa presencia y ausencia estructurante. Sólo que aquí, en un movimiento como aquel con el que Freud explicitaba el momento de instalación de un yo-placer-purificado: “[...] el placer, esto lo incluiré en mí; el displacer, esto lo expulsaré de mí”. Sólo que la autora no incorporaba la comida por placer, su “placer” estaba en su expulsión. Si la bulimia es el fracaso de la anorexia, ésta es el fracaso de la bulimia; por ello, la autora retornó a su estrategia anoréxica, radicalmente no introducir más veneno, léase alimento, dentro de ella. Es un intento



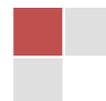
desesperado de separarse del Otro y re-encontrar el objeto que se desprendería de esa separación.

El desafío la empujaba, pero ya no a la vertiente del objeto fálico que causara el deseo del otro sino en la pendiente de la muerte. Como tal, lo encontró promovido en la oferta de la vida contemporánea bajo la forma de las adicciones. Por eso asumió la anorexia, la bulimia y la auto-mutilación como si fueran drogas. En esa vía obtuvo una transformación subjetiva: “[...] mi imagen personal estaba cambiando, la Cielo dulce y espontánea estaba muriendo y en cambio una escultura de hielo daba directivas [...] me estaba consumiendo y no podía dejar de disfrutarlo” (p. 135).

Su vida se volvió un puro cultivo de la pulsión de muerte: “[...] me iba a morir [pero] con el cuerpo perfecto” (p. 135). El peso del ideal materno de perfección se hizo extremo y se encarnó en su superyó, el cual le susurraba: “Cada kilo menos era un paso más hacia mi ansiada meta. Cada kilo de más un recordatorio del cerdo que había sido todos esos años” (p. 135). Es la manera como la anoréxica responde al amo moderno, que en el discurso capitalista siempre intenta colmar la falta subjetiva con el objeto. Por ello es capaz de promover hasta el cuerpo devastado de la anorexia, a la altura de un modelo, de un ideal de belleza y perfección. Y en ese dominio del ideal mortífero sobre la pulsión, la autora encontró su Dios oscuro: “[...] la anorexia se había convertido en un culto para mí. Mi diosa era Ana” (pp. 136-7). Creó el sitio web: “Me como a mí”, que llegó a tener 3.000 consultas por mes. Allí decía: “[...] consideramos a la anorexia, la bulimia y la auto-mutilación como estilos de vida” (p. 144). Es algo en la lógica de la hipermodernidad cuando se trata de prácticas de goce y no de síntomas. Sus adeptos sólo se reúnen para defender su práctica de goce.

La descripción de su caída es ambivalente: “[...] necesitaba verme los huesos, las costillas puntiagudas que me dolían al dormir, aquel dolor exquisito, calambres en las piernas y el cerebro en remojo, un cuerpo perfecto para una mujer perfecta y, sin embargo, aun no era feliz, necesitaba seguir desafiándome” (p. 155). También sufría las consecuencias: depresión severa y problemas corporales de todo tipo, pero sobre el frío de Ana, la reina gélida. La falla en la significantización atraviesa el cuerpo.

La voz del superyó la seguía animando: “Iba a ser la mejor anoréxica del mundo” (p. 169). Pensaba que el alimento era un enemigo íntimo, “[...] lo que alimenta me destruye”. Hasta que pensó que el odio hacia sí misma era por el solo hecho de estar



viva. Planeó su suicidio, escribió varias cartas, ingirió una sobredosis de pastillas tranquilizantes con licor y se cortó las venas.

A falta del límite de la castración simbólica acude a las prácticas de lo imaginario y de lo real. No le perdonaba a la vida la segunda oportunidad por haber sido salvada. Por lo que se inició en la práctica de las cortaduras. “Para deshacerme del sentimiento que me agobiaba, la sangre me aliviaba” (p. 253). Es una tentativa de localización corporal de un goce. La hipermodernidad presenta una deslocalización del goce ofertado sin límites, sin puntos de capitón, y donde el cuerpo es su último borde.

Bibliografía

- Freud, S. (1978) “17ª conferencia. El sentido de los síntomas”, en: *Obras completas*, volumen XVI, traducción de José Luis Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu.
- Bauman, Z. (2008) *Modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (2006) *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona: Anagrama.
- Lacan, J. (1966) “La direction de la cure et les principes de son pouvoir”, en : *Écrits*, París : Seuil.
- , (1991) *Le séminaire, livre XVII, L'envers de la psychanalyse*, París : Seuil.
- , (1994) *Le séminaire, livre IV, La relation d'objet*, París : Seuil.
- , *El saber del psicoanalista*, Inédito, clase del 6 de Enero de 1972.
- , *El Seminario, libro XXII, R.S.I.*, inédito, clase del 18 de febrero de 1975.
- , (2001). “Préface à l'édition anglaise du Séminaire XI”, en: *Autres écrits*, París : Seuil.
- , “Discours de clôture journées de l'E.F.P. sur le cartel”, 1975, inédito.
- , *Le séminaire, livre XIX, Ou pire*, clase del 4 de Noviembre de 1971, inédito.
- Latini, C. (2007) *Abzurdah, la perturbadora historia de una adolescente*, Buenos Aires: Planeta.

